

niéndose heroicamente por la garita de Cholula, la de Parrodi fingiendo su obstinado ataque con destreza y arrojo sobre el cerro, la de Moreno apoyando la misma operacion por la izquierda desde el puente, y la brigada Ghilardi cargando con brío sobre la garita de México, para llamar la atencion de los enemigos por aquel lado.

Ardia la batalla de este modo en toda la estension que comprende la falda del cerro de San Juan, cuando Comonfort, viendo á los enemigos empeñados en defender aquel punto que creian sériamente atacado, dió la vuelta por la hacienda de la Noria, y dejando en ella al general Alvarez, segundo jefe de estado mayor, con varios cuerpos de caballería y dos piezas para conservar su comunicacion con el resto del ejército, avanzó osadamente á la cabeza de una brigada de caballería y tres piezas ligeras, y penetró el primero en las calles de la ciudad por el barrio de Santiago. Desde allí destacó al general Langberg con una pequeña fuerza para que ocupara el convento del Cármen; y pocos momentos despues, dejando en Santiago una parte de la fuerza que llevaba, él mismo con el resto de su escolta, y seguido de la brigada Traconis, entró en aquel convento á pesar del vivo fuego que le hacian los enemigos desde la Concordia, la Concepcion y la Catedral.

Poco despues de las seis cesaron los fuegos sobre el cerro de San Juan: á las siete se advirtió que no habia en él ningun movimiento de tropas: se mandaron exploradores, y se vió que los enemigos le habian abandonado, como tambien la garita de México. La habilidad y el arrojo que los del gobierno habian desplegado en las operaciones de aquel dia, les hicieron temer que la plaza fuese ocupada aquella misma noche, y se replegaron á ella con todas sus fuerzas. A consecuencia de esto, dispuso Villareal en el acto, que el ejército avanzara, ocupando la division Moreno el cerro de San Juan, la Parrodi y la brigada Ghilardi la garita de México, y la Zuloaga la de Cholula é inmediaciones del Cármen.

El dia 11 dispuso el presidente que la division Parrodi se situara en San Francisco, la Moreno en la Alameda nueva y puntos inmediatos, la brigada Ghilardi en San Javier, y la caballería en la Noria y en todas las garitas, quedando la division Zuloaga en el Cármen. Por la noche atacó Ghilardi el convento de la Merced, y Parrodi ocupó con su division por orden del presidente, los puntos de Analco y de la Luz, así como las fortalezas de Guadalupe y Loreto que habian abandonado los defensores de la plaza.

El ataque de la Merced fué uno de los hechos no-

niéndose heroicamente por la garita de Cholula, la de Parrodi fingiendo su obstinado ataque con destreza y arrojo sobre el cerro, la de Moreno apoyando la misma operacion por la izquierda desde el puente, y la brigada Ghilardi cargando con brío sobre la garita de México, para llamar la atencion de los enemigos por aquel lado.

Ardia la batalla de este modo en toda la estension que comprende la falda del cerro de San Juan, cuando Comonfort, viendo á los enemigos empeñados en defender aquel punto que creian sériamente atacado, dió la vuelta por la hacienda de la Noria, y dejando en ella al general Alvarez, segundo jefe de estado mayor, con varios cuerpos de caballería y dos piezas para conservar su comunicacion con el resto del ejército, avanzó osadamente á la cabeza de una brigada de caballería y tres piezas ligeras, y penetró el primero en las calles de la ciudad por el barrio de Santiago. Desde allí destacó al general Langberg con una pequeña fuerza para que ocupara el convento del Cármen; y pocos momentos despues, dejando en Santiago una parte de la fuerza que llevaba, él mismo con el resto de su escolta, y seguido de la brigada Traconis, entró en aquel convento á pesar del vivo fuego que le hacian los enemigos desde la Concordia, la Concepcion y la Catedral.

Poco despues de las seis cesaron los fuegos sobre el cerro de San Juan: á las siete se advirtió que no habia en él ningun movimiento de tropas: se mandaron exploradores, y se vió que los enemigos le habian abandonado, como tambien la garita de México. La habilidad y el arrojo que los del gobierno habian desplegado en las operaciones de aquel dia, les hicieron temer que la plaza fuese ocupada aquella misma noche, y se replegaron á ella con todas sus fuerzas. A consecuencia de esto, dispuso Villareal en el acto, que el ejército avanzara, ocupando la division Moreno el cerro de San Juan, la Parrodi y la brigada Ghilardi la garita de México, y la Zuloaga la de Cholula é inmediaciones del Cármen.

El dia 11 dispuso el presidente que la division Parrodi se situara en San Francisco, la Moreno en la Alameda nueva y puntos inmediatos, la brigada Ghilardi en San Javier, y la caballería en la Noria y en todas las garitas, quedando la division Zuloaga en el Cármen. Por la noche atacó Ghilardi el convento de la Merced, y Parrodi ocupó con su division por orden del presidente, los puntos de Analco y de la Luz, así como las fortalezas de Guadalupe y Loreto que habian abandonado los defensores de la plaza.

El ataque de la Merced fué uno de los hechos no-

Siendo tan obvias estas reflexiones, apenas se podían creer en la capital los acontecimientos que se acababan de referir, cuando en ella se supieron el día 12 de Marzo, siendo tanto más estraña aquella continuada serie de sucesos felices para las armas del gobierno, cuanto que los amigos de la revolución sabían, y sus enemigos confesaban, que había en ella hombres de inteligencia y de valor, muy capaces de cortar el vuelo á tanta fortuna. Ello es que desde entonces la causa de los pronunciados se consideró perdida, aun en el concepto de los que más confianza habían tenido en ella; y como la mala ventura de una empresa produce siempre disgustos entre los que la sostienen, empezó á haberlos muy grandes entre los mismos pronunciados, atribuyendo cada cual todo lo malo que les acontecía, ya á impericia del caudillo, ya á faltas de sus compañeros.

El ejército sitiador empleó los días 12 y 13 en construir parapetos y en practicar las horadaciones necesarias en los edificios, para acercarse más y ofender mejor á los defensores de la plaza; de manera que el día 14 se hallaba ya establecida una perfecta línea de circunvalación, dentro de la cual se encontraban los sitiados al alcance de los fuegos de los sitiadores. Comonfort había ordenado con admirable prudencia todos aquellos trabajos; y sin descansar un punto ni

arredrarse por los fuegos enemigos, se le había visto recorrer día y noche todas las líneas, infundiendo en sus gentes, con el sosiego de sus palabras y la serenidad de su semblante, la confianza que da la victoria. No era tanta, sin embargo, la tranquilidad de su corazón como la de su conciencia y como la seguridad de sus esperanzas de triunfo; todos aquellos preparativos, todo aquel terrífico aparato de guerra, tenían por objeto derramar la muerte y la desolación en la hermosa ciudad donde se había mecido su cuna; y estas tristes reflexiones, que le habían asaltado desde el momento en que posó su mirada sobre la población, luchaban en su pecho con los terribles deberes que su posición le imponía. Por eso desde el primer día que se acercó á la ciudad, había mandado avisar á los habitantes para que se pusieran en salvo; y cuando todo estuvo dispuesto para el ataque el día 14, hizo que se le pasara una comunicación al jefe de la plaza, Don Pánfilo Galindo, manifestándole que el ataque se iba á emprender, pero que antes de hacerlo, consideraba justo y conveniente participárselo á los habitantes pacíficos, para que pudieran salirse y evitar los horrores de la guerra, de que hacía responsables á los sitiados: añadiase en aquella comunicación, que el presidente no quería entenderse para nada con Don Antonio Haro, porque había violado el armisticio del día 8 en la batalla de Ocotlan.

La respuesta de Galindo se redujo á manifestar que no era él el comandante de la plaza sino Haro, y á trascribir una comunicacion de éste, en la cual, en medio de violentos desahogos contra el gobierno, se encontraban algunas esplicaciones sobre la conducta que el jefe de la revolucion habia observado el dia 8.⁵

Como Haro invocaba en este oficio el testimonio de Villareal sobre las circunstancias relativas al armisticio, el presidente dispuso que este general diera un exacto informe acerca de lo que habia pasado, y Villareal lo hizo, remitiendo una relacion de todas aquellas ocurrencias, casi igual en sustancia á la que de ellas se ha hecho ya en esta historia.⁶

La contestacion del caudillo rebelde no dejaba esperanza ninguna, y el tono de sus palabras daba bien á entender que contaba todavía con poderosos medios de resistencia. Dispuso, pues, Comonfort, que empezara el ataque, y que aquella misma noche se hiciera un vivo fuego de cañon sobre las líneas enemigas. Duró aquel fuego cuatro horas, y causó grandes es-

⁵ Véanse estas comunicaciones en el *Apéndice* bajo el Núm. XXXIII.

⁶ Véase el informe de Villareal en el *Apéndice*, bajo el Núm. XXXIV.

tragos, empezando desde entonces los muchos que sufrió la ciudad durante el sitio. A medida que éste se iba estrechando, iba haciéndose cada vez mas horrosa la situacion de los habitantes de Puebla. El sitiador mandó cortar el agua á los sitiados, y prohibió que entraran víveres en la plaza, al mismo tiempo que continuaban las hostilidades y que se avanzaban los parapetos, para cerrar por todas partes el perímetro que ocupaban los pronunciados.

Tenian por objeto aquellas medidas atemorizar á los sitiados y á los moradores pacíficos de la ciudad, para que los primeros se vieran obligados á rendirse, sin necesidad de vivos ataques que causaran mayores desgracias; mas no por esto dejaban de sufrir los de Puebla todos los horrores de aquella lucha, que diariamente se iba recrudeciendo, y no tenia trazas de acabarse sino entre lagos de sangre. Sitiados y sitiadores se acometian diariamente y se destrozaban de balcon á balcon, de azotea á azotea, de una acera á otra, estando á veces tan cerca unos de otros, por las horadaciones que los segundos practicaban, que solo los separaba el grueso de una pared.

La obstinada resistencia de los sitiados se reveló bien tristemente en todos aquellos combates, pero con especialidad en los que tuvieron lugar con motivo del

convento de la Merced, cuyo punto se empeñaron en tomar los sitiadores, y defendieron con la mayor tenacidad los sitiados. Herido malamente Ghilardi el día 11 en la primera de aquellas tentativas, tuvo que retirarse sin lograr su intento; mas no por eso desistieron de su empeño los sitiadores, y después de varios ataques, una fuerza de la brigada Caamaño, á las órdenes del coronel Torres, logró cortar el 18 toda comunicacion entre la plaza y el convento, dejando aislados á los que le defendian. De la plaza salieron fuerzas considerables en la noche del 19 á reforzar la Merced; pero lo intentaron en vano, porque fueron rechazadas después de un combate sangriento. Eran 120 los hombres que allí estaban: carecian de víveres con que alimentarse; sus heridos, que eran muchos, no tenian quien los curara; se encontraban completamente aislados, sin esperanza de socorro, desfallecidos por el hambre, devorados por la sed: y sin embargo, no se rendian. En la mañana del 21 prendióse fuego al convento, que estuvo ardiendo todo el día, sin que sus defensores dieran la menor señal de flaqueza: á las ocho de la noche quisieron salir de allí, rompiendo la línea de enemigos que los rodeaba por todas partes, pero fueron rechazados. Obligados á permanecer en el edificio que ardia, todavía no cedieron, hasta que al fin, por no morir abrasados, enviaron á Comonfort al comandante Don Julian Perez para tratar de ren-

dirse, y lo hicieron el 22 á las dos de la mañana, ocupando en seguida el convento con 400 hombres el mayor general Alvarez.

Comonfort quiso ver á los valientes y honrarlos: acompañado de Villareal y de Moreno, pasó á la Merced; dió alimento y bebida á los rendidos que estaban sanos; mandó al hospital á los heridos; hizo apagar el incendio que por el edificio se propagaba: y á la vista de aquel ejemplo de constancia heroica, deploró con profunda amargura los efectos de la discordia civil, que tantas veces ha inutilizado las virtudes y el valor de los pechos mexicanos.

Los fuegos de cañon sobre la plaza continuaron con mas ó menos fuerza durante seis días, hasta que el presidente mandó que cesaran del todo el 20 y el 21. Eran el Juéves y el Viérnes Santo. Respetáronse aquellos días consagrados especialmente al recuerdo de la Redencion humana, y durante ellos puso en práctica el general sitiador cuantos recursos le sugirió su genio para poner fin á aquella guerra de estermínio. El cielo bendijo sus esfuerzos, y apartó ya desde entonces de la consternada ciudad el terrible azote con que la habia aflijido.

Entre las medidas dictadas por Comonfort para infundir un terror saludable á los habitantes y defenso-

res de la ciudad, con el objeto de que se rindieran sin efusion de sangre, una de ellas habia sido hacer venir de Veracruz cuatro morteros á la Gomer, del calibre de 32, con suficiente número de bombas, situarlos en el Molino del Carmen, y correr la voz de que iba á batir la plaza con aquellas formidables bocas de fuego. Aunque nunca fué su intencion hacer uso de unos medios tan destructores, los tremendos preparativos, unidos á la estrechura en que ya se veian los de la plaza, produjeron los efectos deseados. Atemorizáronse profundamente los habitantes: el obispo de la diócesis y los vice-cónsules de España y Francia, hablaron al jefe de la revolucion, y se dirigieron al presidente, aconsejando el primero que se entrase en negociaciones para un avenimiento, y solicitando los segundos una suspension de hostilidades para que sus conciudadanos pusieran á salvo sus personas é intereses.⁷

Pasaba esto el dia 21, al mismo tiempo que se colocaban en batería dos morteros de los cuatro que habian llegado. Por la noche Don Manuel Diaz de la Vega se presentó en el cuartel general con una comunicacion de Haro, que Comonfort no quiso recibir. El dia siguiente por la mañana, Don José Vicente Mi-

⁷ Véanse la comunicacion del obispo de Puebla y las de los vice-cónsules de España y Francia, y las respuestas que por orden del presidente se dieron, en el *Apéndice*, bajo el Núm. XXXV.

ñon llevó otro oficio de los generales Castillo y Güitán, en el que autorizaban al mismo Miñon á fin de que manifestase las razones que tenian para no entrar en ningun arreglo á no ser por conducto de su primer caudillo. Comonfort recibió á Miñon con su genial cortesía, pero con visible desagrado, y respondió secamente que con Haro no se habia de tratar. Entonces fué cuando Haro dirigió una carta á los generales Güitán y Castillo, manifestándoles que, pues su persona era obstáculo para entrar en un avenimiento que libertara á la poblacion de los horrores de la guerra, él resignaba el mando y se retiraba.

A consecuencia de esto, recayó el mando de las fuerzas sitiadas en el general Oronoz, quien pasó una comunicacion á las nueve de la mañana al presidente, participándole que habia nombrado á dos generales para que en union del Lic. Almazan, gobernador del Estado por la revolucion, se presentaran en el lugar y á la hora que el mismo Comonfort señalase, con el fin de arreglar el parlamento. Eran las nueve de la mañana cuando se recibió esta comunicacion en el cuartel general. Ya entonces habia dispuesto el presidente que hubiera una suspension de hostilidades hasta las doce, con el objeto de que pudieran salirse de la plaza los que quisieran hacerlo; pero al ver que el paso de Oronoz daba esperanzas de una pronta solu-

cion pacífica de todas las dificultades, concedió un armisticio hasta las cinco de la tarde, y así se lo hizo saber al jefe de la plaza, manifestándole que la conferencia propuesta podía tener lugar entre las doce y las cuatro de la tarde, en la casa del Licenciado La Rosa, frente al convento de la Soledad.⁸

A las doce se dió en la plaza el toque de parlamento, y poco despues se reunieron en el punto indicado los comisionados por una y otra parte. Lo eran por parte del presidente, el gobernador de Guanajuato Don Manuel Doblado, y los generales Don Vicente Rosas y Don Ramon Iglesias; y por parte de Oronoz el Licenciado Don Pascual Almazan, y los generales Don Ignacio Ormaechea y Don Miguel Andrade.

Nada se concluyó en aquella primera conferencia, porque los comisionados de la plaza presentaron unas proposiciones que no fueron admitidas. En ellas se decia que la guarnicion de Puebla se ponía á disposicion del gobierno, que saldria de la plaza con los honores de la guerra, y que se situaria en los puntos que el mismo gobierno designara; que el gobierno garantizaba los empleos á los generales, jefes y oficiales de las tropas sitiadas; que ni ellos ni ninguna otra per-

⁸ Véanse la comunicacion de Oronoz y la respuesta en el *Apéndice*, bajo el Núm. XXXVI.

sona de las que habian tomado parte en la revolucion, serian perseguidos ni molestados por ello; que el gobierno reconociera los contratos hechos por los jefes de la plaza para los gastos de la guerra; que el presidente proveeria á la seguridad y al órden de la ciudad, luego que se ratificara el convenio; y por último, que los heridos de la guarnicion serian asistidos en los hospitales.

Esto era imponer condiciones; y el estado en que se encontraban los sitiados de Puebla, era mas á propósito para implorar misericordia que para reclamar garantías. Circundados por todas partes, faltos de provisiones y de víveres, reducidos al último estremo, debilitados por la lucha y por sus propias discordias, relajada entre ellos la disciplina, ausentes ya ú ocultos algunos de sus jefes, ninguna resistencia podia salvarlos, ninguna esperanza les quedaba, y no tenian mas remedio que recibir la ley del vencedor. Comonfort conocia bien todas estas circunstancias, que ponian en su mano la suerte de sus enemigos. Entre ellos estaban muchos de aquellos á quienes habia salvado la vida esponiendo la suya propia; y era la tercera vez que los encontraba en frente de sí haciéndole la guerra: allí estaban tambien los que habian burlado su confianza, convirtiendo contra el gobierno las armas y recursos que habia puesto en sus manos. Prescindiendo

de los que le debian consideraciones especiales, todos le debian como individuos del ejército, la conservacion de la clase á que pertenecian, porque él la habia salvado de una destruccion segura contra los primeros arranques revolucionarios. En virtud de tales antecedentes, bien pudo recelar Comonfort que fueran peligrosos para la paz pública los que no habian sabido ser agradecidos, y quiso que todos quedaran á la merced del gobierno, para castigarlos por su rebelion, ó para que les sirviera de castigo hasta la clemencia que con ellos se usara.

Con esta mira, despues de rechazar abiertamente las proposiciones hechas por los comisionados de la plaza, concedió el presidente á los sitiados una capitulacion, reducida en sustancia á declarar, que las tropas de Puebla se sometian á la obediencia del gobierno, y que los generales, jefes y oficiales que existian en la plaza, pasarian á residir á los puntos que el mismo gobierno designase, mientras éste determinaba la manera como habian de quedar en el ejército.⁹

Trabajo debió costar á los sitiados suscribir á tales condiciones, que realmente no eran una capitulacion en el sentido ordinario de la palabra, supuesto que á la fuerza se les imponian, y que á pesar de ser tan

⁹ Véase esta capitulacion en el *Apéndice*, bajo el Núm. XXXVII.

duras, todavía se presentaban como una concesion del vencedor. Llamóse capitulacion aquel documento, sin duda porque no habia otro nombre que darle; pero en realidad no fué otra cosa que una esplicacion de los términos en que los de la plaza se rendian, sin que apareciera la terrible fórmula de que se rendian á discrecion. Ellos sin embargo aceptaron aquellas condiciones, ó por mejor decir, se sometieron á ellas; y con esto dejaron al gobierno todos los derechos del vencedor, menos el de quitarles la vida.

Puebla respiró cuando se hizo público aquel arreglo. Poco importaban los términos á los habitantes de la ciudad desolada: él ponía fin á la tremenda lucha que tanto los habia afligido; y con esto quedaba satisfecha la primera de las necesidades que sentian entonces, y logrado el mas vehemente de sus deseos.

El 23 por la mañana los generales Traconis y Alvarez tomaron posesion de la plaza con algunas fuerzas del ejército, que llegarían á dos mil hombres. Hacia dos meses justos que el primero habia salido de ella con su guarnicion, dejando la ciudad en poder de los pronunciados. Las providencias que el presidente dictó para la seguridad pública, fueron tan acertadas y tan enérgicas, que ni un solo desórden hubo que lamentar en aquellos momentos tan críticos. Fijóse un